José Ortega y Gasset, *Obras completas. España invertebrada*, 2005, Santillana, Madrid, vol. 3, 1066 p.

La publicación de las obras completas de cualquier autor es una oportunidad única de revisar orgánicamente su trabajo y, acaso, volver a situar en nuestro tiempo el tema –o los temas– que generan sus operaciones creativas o cuestionamientos. Nos permite, a su vez, examinar aquellas obras que pasaron inadvertidas para un público o época determinada, con la seguridad –siempre equívoca y casi siempre eficaz– que la distancia otorga a las interpretaciones más recientes.

La pregunta que debo responder en el caso particular que nos ocupa es la siguiente: ¿por qué razón leer *España invertebrada*? Obras ‘menores’ de dicho filósofo existen varias; luego, ¿qué razones fundamentan mi preferencia? En realidad se trata de una razón única que, sin más preámbulos, pongo a consideración del lector: *España invertebrada* explota de actualidad, es decir, es posible leer dicha obra como si su tema y su contexto fueran la realidad nacional mexicana y no –¡espanto del tiempo pluridimensional!– la realidad en la que salió a la luz, esto es, España, 1923. En otras palabras –acaso más atrevidas–, la obra de Ortega y Gasset podría (sub)titularse de manera cifrada: *México invertebrado*. No pretendo afirmar que el breve texto del filósofo español (apenas 78 páginas en la edición señalada al inicio) pueda ser aplicado punto por punto al contexto y la problemática social de México, como tampoco ignoro que muchos de los *remedios* que Ortega propuso para resolver la crisis que aquejaba a su objeto de estudio (la sociedad española) son, entonces y ahora, cuando menos discutibles. Lo único que deseo es provocar al lector (véase las acepciones que el diccionario de la RAE otorga a dicho término), puesto que la obra misma generó en mí ese estado de provocación intelectual, de sublevación reflexiva –repito: con verdadero espanto he visto reflejados algunos de los síntomas más agudos de la enfermedad que sufre la sociedad mexicana en el diagnóstico supuestamente caduco y

extraño de otra sociedad—. En las páginas siguientes iluminaré algunos pasajes del discurso orteguiano con la finalidad de ejemplificar, en la medida de lo posible, la impresión de actualidad que despertó en mí esta obra. En último caso —y he aquí la disyuntiva— no podrán juzgar mis impresiones sin revisar el texto al que aluden, con lo cual me daría por satisfecho aún reconociendo que hube de equivocarme.

En un país donde la política parece impregnarlo todo, en donde los problemas y las soluciones posibles parecen tener como único agente (activo y pasivo) al ‘cuerpo’ político —dicho de una persona o agrupación que interviene en las cosas del gobierno y negocios del Estado (RAE dixit)—, la corrección de dicha perspectiva puede resultar una desilusión, a la vez que una esperanza. En todo caso, sin la corrección de ese defecto ocular —que “consiste en creer que los fenómenos sociales, históricos, son los fenómenos políticos, y que las enfermedades de un cuerpo nacional son enfermedades políticas”¹— no habrá oportunidad de incidir eficazmente en el reestablecimiento del enfermo y que en el diagnóstico alternativo de Ortega es la sociedad misma. Pero, ¿qué problema la aqueja?, ¿en qué consiste su enfermedad? En primer lugar, es necesario participar en la concepción que de la sociedad tiene el filósofo. Para él la sociedad es un ente dinámico en el que, a partir de un vasto sistema de incorporaciones, se ponen en juego diferentes y contrastantes fuerzas socializadoras, las cuales darán lugar a nuevas estructuras nacionales.² El dinamismo social goza de salud cuando a todos los grupos o clases en función los alienta un proyecto sugestivo de vida en común.³ La falta de un proyecto de vida en común —el olvido o la ceguera de que, como partes de una sociedad, estamos juntos para realizar algo y no simple y vulgarmente por estar en un mismo tiempo y lugar— es síntoma y causa de la enfermedad que Ortega observa en dicho ente. Es causa en el sentido de que la falta de un proyecto sugestivo genera el desmembramiento de la sociedad.⁴ Es síntoma en tanto que efecto de lo que el filósofo español viene a llamar el fenómeno del particularismo: “la esencia del particularismo es que cada grupo deja de sentirse a sí mismo como parte

¹ José Ortega y Gasset, *España invertebrada*, p. 480.

² *Op. cit.*, p. 439.

³ *Ibid.*, p. 442.

⁴ Una nación carente de dicho proyecto se ve abocada a sufrir un proceso de desintegración en el que cada unidad social vive aislada de las demás, bajo la falsa creencia —arrogancia en todo caso— de su privilegiada autonomía, cfr. *ibid.*, p. 453.

y, en consecuencia, deja de compartir los sentimientos de los demás. No le importan las esperanzas o necesidades de los otros y no se solidariza con ellos para auxiliarlos en su afán”.⁵ Por si esto fuera poco, uno de los efectos secundarios –pero no menos importantes– de dicha enfermedad es que cada unidad social desarrolla una hipersensibilidad para los propios males, una especie de ‘histeria’ con respecto a las dificultades propias que aparentemente la aquejan, lo cual aumenta la ceguera antes descrita y dificulta aún más la convivencia social, entendida como la acción recíproca de unos sobre otros.⁶ Finalmente –y aquí entramos al fenómeno más grave que aqueja y provoca el ente social– la convicción (enfermiza) de que no tenemos por qué contar con los demás, soslaya y arrebató todo valor a la acción consensual, comunicativa (en el sentido habermasiano) y, en último término, legislativa, para desembocar en “la única forma de actividad pública que al presente [...] satisface a cada clase, [y que] es la imposición inmediata de su señera voluntad; en suma, la acción directa”.⁷ El problema de este tipo de procedimiento público estriba en que “cualquiera tiene fuerza para deshacer [...] pero nadie tiene fuerza para hacer, ni siquiera para asegurar sus propios derechos”.⁸ Aquí no caben más metáforas, la invertebración social a la que Ortega se refiere no es otra cosa sino el deterioro y posterior resquebrajamiento del Estado de Derecho –tan en boga en los últimos años de nuestra democracia, cuando en realidad ha sido y continua siendo el juguete de casi todos los grupos y clases sociales de esta nación–.

Es, a grandes rasgos, el diagnóstico que Ortega realiza y que en mi lectura he trasladado a la sociedad actual mexicana. Acaso deba destacar, antes de concluir esta reseña, dos consideraciones puestas sobre la mesa del quirófano por este brillante ‘doctor de almas’ español. La primera: es la sociedad la que está enferma y actúa de forma enfermiza, por lo que no vale seguir escondiendo el rabo detrás de la impericia política –que dicho sea de paso tampoco ha ayudado, sino más bien lo contrario, al estado actual en que nos encontramos–. La corrupción –por darle un nombre a nuestra crisis– la hemos generado entre todos y es tarea de todas las partes implicadas hacerla desa-

⁵ *Ibid.*, p. 454.

⁶ *Ibid.*, p. 489. ¿Soy yo o me parece que lo dicho en esta última etapa puede trasladarse a grupos como el eficaz SNTE, partidos políticos varios, líderes de tal o cual organización o bancada? ¿No son nuestros problemas más urgentes a resolver?

⁷ *Ibid.*, p. 467.

⁸ *Ibid.*, p. 471.

RESEÑAS

parecer. La segunda consideración: creo que se puede deducir del discurso de Ortega la siguiente idea: la interdependencia y/o solidaridad social no es una ‘virtud’ que se pueda estar en condiciones de decidir ejercer o no, sino que es una necesidad en el sentido de que mi bienestar –por seguir la trama (acaso descompuesta también) capital-individualista–, el bienestar de mi grupo o clase social depende directa y proporcionalmente del bienestar de los otros grupos con los que convivo, de modo que el enriquecimiento –en cualquier plano– de mi esfera social sólo tiene y tendrá un verdadero rase-ro: el enriquecimiento de los demás. Cualquier otro criterio es falso, sin importar cuántas estadísticas mostremos o detrás de cuántos argumentos nos ocultemos.

JUAN CARLOS GORDILLO
Redactor del Centro Alemán
de Información para Latinoamérica